

HOY Y MAÑANA

Colapso evidente y empuje posible de las entidades periodísticas que vivieron hasta ahora bajo el signo de empresa

Antecedentes

No es difícil recordar los tiempos inmediatos de la gran Prensa. Renunciábamos expresamente a lanzar unos cuantos detonantes y fáciles calificativos contra ella, pero digamos que no tenía aliado de suficiencia ni visión de actualidad.

La suficiencia se computaba en la vieja Prensa a fuerza de figurones políticos y literarios. Cuando el país repudiaba, por ejemplo, a Maura, un periódico de rotativa publicaba su correspondiente serie de artículos de Maura. Cuando las cuestiones internacionales se desarrollaban mediante cabildos entre políticos y diplomáticos que trataban todas las cuestiones a puerta cerrada, uno de aquellos señores de puerta cerrada enviaba a los rotativos la serie de consideraciones que no trataba nunca con sus colegas.

Cuando el público leía, para documentarse, lo que escribían Lloyd George o Maura, resultaba que leía lo que Lloyd George y Maura no trataban con sus colegas. Si de esta didáctica oculista pasamos a la información política, el lector no se enteraba nunca, ni por excepción ni por azar, ni de ninguna manera, de lo que la política tramaba entre bastidores. Los periódicos de oposición partidista no descubrían las trampas del juego en el contrario, porque los trampas se insultan entre sí, pero viven de las trampas que se hacen y, más que nada, de las trampas que se perdonan.

Si surgía una crisis, no hallábamos en el rotativo ninguna explicación interna. Hallábamos una pesada serie de columnas cerradas explicando que el señor tal conferenciaba con el señor cual, que salía éste de un determinado edificio, que entraba, que volvía a salir, que volvía a entrar, y así sucesivamente. Esto es lo que se llamaba información, cuando, en realidad, era una tomadura de pelo al lector.

Los costumbristas, técnicos y literatos hacían una labor semejante. En vez de explicar, por ejemplo, lo que era la España cerealista, empezaban a lanzar exclamaciones, improperios y bravuconadas de índole política, para que creyeran, los flacos de temperamento, que al paisaje reseco podía regarse cuando tal o cual ministro llegara a gobernar. La cuestión estaba en apartar a los españoles de sus verdaderos problemas y de la solución directa de éstos por los españoles mismos.

Los escritores llegaron a amontonar toneladas y toneladas de literatura más o menos pintoresca, pero nunca fué una literatura solvente y limpia. Fué una serie de trozos convencionales, retazos de estilos indígonos o del exterior, cuya finalidad era adular a la caverna y a la gente de dinero. Existía el escritor que cenaba a cambio de una crónica; el escritor que, como Valle Inclán, obtenía un destino para comer del presupuesto; el escritor que, como Salaverría, siendo pobre y no teniendo nada que conservar, lamía a los conservadores; el escritor que, como Camba, iba ahora de juerga con señoritos y toreros que le pagaban el gasto; el escritor-chantagista, el escritor-ganfué, el que adulaba a los polizontes y se burlaba de nuestro esfuerzo puro cuando íbamos a la cárcel; el que acudía a la policía para informarse mal, y nunca era capaz de acercarse a los perseguidos, que le hubieran informado bien; el que se dedicaba a escribir como una variante del violo solitario; el que empleaba la pluma para abrirse paso hacia la escena, la novela, el Parlamento, la burocracia.

Toda esta infección caía sobre las columnas de los rotativos y los convertía en papel infecto. El público adquiría el papel rotativo, ciertamente; pero mejor lo hubiera adquirido, y para los mismos usos, de venderse en blanco. La propaganda comercial, los anuncios, el chantaje de las empresas con establecimientos bancarios, navieros, teatrales, aseguradores, etc., llenaba la caja, o la llenaba hasta un nivel tan escaso, que sólo considerando el periódico como un renglón de los negocios en general, podían sostenerse los rotativos, aun teniendo en cuenta la aportación de rameras, usureros y frailes con su publicidad infecta y sus escuelas mortuorias, y aun teniendo en cuenta las filtraciones políticas y las subvenciones de tapadillo. En Barcelona, teníamos al ilustre jumento Pich y Pon, que contaba con dos rotativos para retratar y retratar bailarinas. Cuando las bailarinas salían retratadas en las páginas centrales, Pich salía en las exteriores. Cuando las bailarinas salían en las páginas de fuera, Pich salía dentro, con su cruz de Yugoslavia, su título de socio del Grupo Alfonso y su papera cebada, sus mandíbulas crujientes y sus manos rapaces de gorila.

Tipos así podían tener dos rotativos porque lo debían todo. Tipos como Godó podían tener rotativos porque daban el mismo papel que el mismo público les hubiera comprado por el mismo precio de salir el papel en blanco. Tipos así podían tener un Debate o un A B C, porque contaban con el dinero rapinado por los felujitas y tenían anuncios de empresas explotadoras, muy complacientes y reverenciales con las tarifas de publicidad.

El colapso

Al salir de las cavernas, el 19 de julio, la ferocidad fascista y clerical, y resultar vencida, quedaron paralizados los negocios y, natural-

mente, quedó paralizada también la publicidad periodística que los favorecía con el anuncio y la literatura especulativa de los colaboradores, quienes actuaban pública y cínicamente de alcahuetes.

A falta de propaganda y páginas de negocio—entre éstas, muy importantes las que se referían a negocios del cielo—, los rotativos quedaron con espacio muy reducido, desapareciendo las cabezas visibles del negocio, o desentendiéndose de éste sin desaparecer, ante la decisión del personal obrero, que de hecho siguió utilizando las máquinas y formó sus comités de control a base de administración sin empresa.

Quedaba el problema de poder seguir trabajando, y el problema se resolvió disponiéndose en los casos necesarios de cuantías corrientes de los ex dueños y de todos los recursos legítimos por la revolución de contraofensiva merecida por el fascismo.

¿Puede prolongarse este medio empleado para pago de sueldos? Creemos que sí; creemos que no sólo puede prolongarse, sino intensificarse destinando todas las riquezas del empresario a pago de atenciones tan intangibles como la retribución al personal.

Pero éste no es el problema básico, puesto que una vez expropiado el numerario total del capitalista, si el rotativo se sigue tirando con pérdida, ¿qué conviene hacer para evitarla, consolidando de paso la seguridad de trabajo y provisión de material industrial indispensable?

El remedio experimental es el remedio único

Veamos. Los rotativos no se salvaban económicamente como negocios, por la tirada, sino que se salvaban por el anuncio. Es materialmente imposible dar por 15 céntimos, 16, 24 o 32 páginas bien impresas sin anuncios especulativos y con burgués, lo mismo que hoy sin burgués, de la misma manera que un trayecto de Metro que vale 15 céntimos no puede darse por 5, aunque no haya empresa, ya que los empleados no podrían cobrar.

Es preciso acostumbrarse a la idea de que la propaganda comercial, considerada hasta ahora como sueño dorado de las empresas, es imposible que resucite en ninguna forma.

Tenemos, pues, dos hechos importantes en inmediato plano. Primer hecho: el precio de un periódico no puede ser intangible cuando lo que se paga por él beneficia íntegramente a los operarios que lo confeccionan y no beneficia a ningún negociante, a ningún empresario, a ningún burgués. Segundo hecho: la propaganda comercial, en su aspecto especulativo, no está llamada a desaparecer, sino que va desapareciendo y debe desaparecer. ¿Hay un remedio racional? Las viudas consolables, las trotteras que no quieren dedicarse a trabajar, los loteros y los intermediarios para buscar pareja deben desaparecer, como el prestamista o el estafador que anunciaba facilidades para conseguir documentación.

¿Qué queda, pues, como remedio? ¿Aumentar los precios? Ya hemos dicho que el precio de un periódico no puede ser intangible, y mucho menos si desaparece la empresa. Pero hay un margen de recursos legítimos, morales, progresivos y creemos que suficientes, aunque inéditos aquí, para que, vendiéndose el periódico al precio antiguo, pueda confeccionarse sin quebranto para el personal, aun contando con que estén agotadas las disponibilidades de numerario del dueño.

¿Por qué estos recursos legítimos y morales no se ensayan sin pérdida de tiempo? Concretómoslos, refiriéndonos, de momento, a Barcelona.

Primero. — Hay en esta ciudad diez o doce mil habitantes que necesitan hoy (y mañana otros) encontrar un libro, un mapa, un grabado, un objeto útil, una herramienta. De estos diez o doce mil habitantes de Barcelona, cinco mil no tendrían inconveniente en pagar diariamente una peseta por hallar lo que desean. Muchas veces, para hallarlo, han gastado en tiempo y dinero lo que de nada les sirvió, porque buscaban al azar. El anuncio barato puede resolver la cuestión, y entonces se acercarán a los rotativos los trabajadores, alejándose trotteras, traficantes de pollines y usureros, y obteniéndose del servicio útil—con control inoral—más dinero que con el fomento del violo.

Segundo. — Todos los elementos naturales de convivencia pueden ser anunciados legítimamente. El agua mineral que se expende y obtiene naturalmente—por sistema colectivizado, con preferencia—merece anunciarse y propagarse, como también todo cuanto, siendo na-

tural, sin intervención de tráfico, se necesita para la vida. Esta partida daría más ingresos que la partida de la muerte con sus infectas secuelas.

Tercero. — La propaganda bibliográfica está por hacer. Nuestros libros—ideológicos, históricos, de trabajo y organización—y, en general, los culturales, desde la monografía de 32 páginas al libro magistral, podrían tener en espacio de honor en los rotativos transformados, y esta partida daría más ingresos que la partida de negocios sucios anunciados a instancia de banqueros y logreros.

Cuarto. — Al paso que van las cosas, si la cosecha de Cataluña vale como vale mil millones y ha de intercambiarse, ¿qué enorme aportación no podrían dispensar a los periódicos los organismos competentes, tales como sindicatos y cooperativas? En el pueblo X, falta trigo y sobra arroz. En el pueblo Z, falta hortalizas y sobra aceite. Estos anuncios cubrirían media docena de páginas, con sus gráficos y desideratas, sus pequeñas estadísticas útiles y sus textos precisos.

Quinto. — Es imposible fijar en estos apartados abiertos a la documentación ajena y a toda aportación, la cantidad y calidad de los motivos nuevos de intercambio. Habrá más escuelas y más maestros, y habrá más excursiones. ¿Habéis leído en los periódicos americanos el espacio copioso que ocupa el anuncio de un picnic, de una excursión? Habrá más ocasiones de verse y reunirse últimamente, más conferencias públicas, exposiciones y conciertos. Todo esto es cotizabile, no desde el punto de vista del negocio, sino desde el punto de vista de prestar un servicio estimable al público, consiguiendo a la vez estabilidad en los ingresos de un rotativo. Hablamos de hoy, del tiempo inmediato aprovechable, sin renunciar a estados más integralmente sociales.

Sexto. — El ramo de viajes instructivos y de reposo está inédito. En adelante, será posible que las excursiones colectivas al exterior sean factibles para el elemento popular. En época de vacaciones, ¿no se podrá flotar un barco o disponer un autocar para que tres o cuatro centenares de mineros viajen por mar o tierra, descansando de su trabajo? Un grabado, un itinerario, unas vistas publicadas en el rotativo de administración colectivizada podrían constituir el medio más agradable de propaganda humanitaria y social.

Séptimo. — El Times tiene una sección de preguntas y respuestas que constituye una propaganda intensa. Un lector pregunta lo que le interesa. Otro lector contesta. Se trata de precisiones sobre ciencia, arte, costumbres, pasado histórico, deporte, etc. En los periódicos de empresa, era siempre un señor indocumentado y torpe quien pretendía documentarnos sobre todo.

¿Demasiados periódicos?

Tal vez haya excesivo número de periódicos. Y esto podemos decirlo con tranquilidad de conciencia, puesto que no se trata de dejar en paro forzoso a nadie. Se trata de adaptar y reajustar las posibilidades gráficas a la convivencia general, de aumentar los medios de expresión y de refinarlos. Los impresos pueden tener la misma retribución en el mismo ramo distribuyéndose, por ejemplo, por las escuelas primarias. La moderna pedagogía ha demostrado que la imprenta es para los pequeños una golosina incomparable, un procedimiento de enseñanza no superado. El camarada Almandros ha sido en Cataluña uno de los introductores de la tipografía en la escuela. Quince o veinte mil impresores hallarían trabajo inmediatamente.

Los rotativos que se publican siendo unas meras repeticiones y calcos de otros son excesivos. El personal completo de todas las secciones puede tener acomodo en escuelas profesionales de artes gráficas, en escuelas de enseñanza general, en imprentas especializadas, como la de Oliva de Vilanova, tal vez la primera de Europa, y que existe en Barcelona con desconocimiento general. El periodismo de información oficial, las eternas notas oficiales tan absurdas y calcadas, tan sinuosas y tan incorrectas, tan fabricadas con bombo y platillo, deben desaparecer por entero.

El periodismo ha de ser vital, y no mortuario. Ha de verse favorecido con tiradas grandes, cuando se corrija el vergonzoso porcentaje de analfabetismo y el no menos vergonzoso atraso técnico que nos exige ser tributarios de pasta de papel, cuando aquí podría producirse a talante, impulsando en grande las plantaciones de chopo del Canadá y la fabricación de calidades en abundancia, con mejora de los tirajes y, en general, de los procedimientos gráficos.

Murió el rotativo de las esquelas, el de los entierros, el de la política, el del negocio. Y es preciso que ahora que nace el rotativo del trabajo, sean los trabajadores quienes lo orienten, triunfando con él y por él. Los colaboradores aines a esta sugerión, ya irían saliendo: desde la fábrica de papel explotada en colectividad hasta el periodismo documentado y la maquinaria de máxima solvencia para el rendimiento industrial.

OSCARO GUTENBERG

Barcelona.



La columna de los «Agüichens» sale de Barcelona para el frente